
Sobre esa sólida base, universalmente reconocida, Tomás Navarro se dedicó a la investigación de la geografía fonética. Persiguió en el terreno (en gran parte como fruto o quehacer lateral a las encuestas del **Atlas lingüístico de la Península**) los hechos fonéticos diferenciales, estableciendo así isoglosas, fronteras, áreas de influencia cultural, histórica, social, etc., que eran las auténticas causantes de la división dialectal de la Península. El Atlas, obra magna en su tiempo, que aprovechaba hasta donde podía las experiencias de los existentes, quedó detenido casi en ademán, interrumpido por la guerra civil. Con esta obra, a pesar de sus innegables limitaciones, España pretendía acercarse al panorama de la brillante geografía lingüística europea. Si los avatares de toda índole que han impedido al Atlas peninsular salir a ganarse la vida a su debido tiempo y con uniformidad de método no son tenidos muy en cuenta, seremos injustos. Asombra que, en muchos extremos, las investigaciones posteriores, hechas con gran despliegue de medios, vengan todavía a coincidir con muchas de las consecuencias ya expuestas por Navarro en los trabajos emanados del Atlas. Pero, repito, no olvidemos que por debajo del enorme hiato que existe entre la recolección de los materiales (no total, por añadidura) y su posible publicación, se remansa un enorme lago de sangre y desencanto, mucho más presente y digno de ser tenido en cuenta que las mudanzas de las teorías científicas o de las personales actitudes. Nuestro reconocimiento a Navarro y a sus colaboradores no debe ser jamás regateado.

No quisiera dar aquí un frío catálogo de las publicaciones de Tomás Navarro, páginas en las que tanto aprendimos y que tanto manejamos en esos años del estreno de vocaciones: **Siete vocales españolas** (1916), **Cantidad de las vocales acentuadas e inacentuadas** (1917), **La metafonía vocálica** (1923), **Palabras sin acento** (1925), **Diferencias de duración entre las consonantes españolas** (1918), **La articulación de la «l» castellana** (1917), **Pronunciación guipuzcoana** (1925)... y tantos más. Nos quejamos hoy de la lengua de la televisión y procuramos esgrimir argumentos que nos ayuden, argumentos que van desde la razón de una prosodia tolerable hasta el esfuerzo por mantener la unidad del español en su dilatado ámbito. Las mismas preguntas se hizo Navarro ante las situaciones planteadas por las primeras películas habladas, y así las expuso en **El idioma español en el cine parlante** (1932). ¡Qué decidido caminar, qué tensa maestría, adquirida paso a paso, sin descanso, desde **El perfecto de los verbos en -ar en aragonés antiguo** hasta **La frontera del andaluz** o el **Análisis fonético del valenciano literario** (1934)! Una larga teoría de trabajos que le dieron su bien ganado renombre de investigador, prestigio que fue reconocido por la Real Academia Española en 1935.